

EL TERRORISMO DE ETA

José Ramón Recalde

Ex consejero del Gobierno vasco

Ponencia transcrita

Un agujero negro bordeado por una circunferencia de acero. El orificio de salida del cañón de una pistola fue lo primero que vi al salir del coche. Luego sonó el disparo y sentí el impacto en la cabeza, me volví y me dejé caer en el coche sobre M^a Teresa. ¿Qué ha sido? preguntó ella. Un tiro, contesté. ¿Pero a quién han disparado? A mí. La persona que disparó -no recuerdo más que un líquido claro-, no sé si era hombre o mujer, había huido. Abrimos la puerta y subimos las escaleras hasta la primera planta, me senté en una silla de la cocina y le indiqué a mi mujer el teléfono de urgencias al que debía llamar, cuyo número no recordaba. Luego ya no recuerdo cómo decidimos llamar a los hijos. Me sentí débil y apreté la mano a mi mujer pensando que me moría. No se lo dije pero ella, seguramente para animarme y para animarse, afirmó “de un tiro en la boca no se muere nadie”. Pensé por unos instantes en mi vida entera, en lo que había hecho, en lo que podía haber hecho y no hice. Al poco tiempo llegó la ambulancia y me dejé llevar. Eran las ocho y cuarto de la tarde del día 14 de septiembre de 2000. Un mes antes había cumplido yo 70 años.

Empiezo con este relato porque si voy a hablar de ETA y de la violencia, voy a hablar de un tema que está creado, que está desarrollado, alrededor de mi propia biografía. Eso es lo que me lleva a este acto, con esta primera página con la que empiezo el libro de mis memorias y quiero hacer esta alusión, si voy a hablar sobre ETA, lo voy a hacer desde luego en contra, pero en relación con mi vida. Eso que quede claro. Por cierto, cuando leo esto que parece así como contundente, cuando me dijo mi mujer “de un tiro en la boca no se muere nadie”, un amigo nuestro cuando se lo comentamos, cuando le leímos esto dijo “hombre, normalmente la mayor parte de los suicidas de las novelas del XIX mueren pegándose un tiro en la boca”. Menos mal que entonces ni ella se acordaba, ni yo me acordaba de eso.

La violencia de ETA hay que pensar que tampoco está tan lejos de lo que ha sido durante mucho tiempo una tentación para nosotros. La tentación de la violencia, por ejemplo, se manifestó en el Frente de Liberación Popular, en un par de ocasiones. Sobre la violencia conviene distinguir sin embargo distintas actitudes. Por un lado, la posición en relación con la utilización de la violencia como práctica política a la que en algunos casos sea preciso recurrir. Por otro lado, la posición sobre la licitud de la utilización de la violencia en nuestra situación. Finalmente, la posición ya no sobre la licitud sino sobre la oportunidad de la vía violenta en nuestra situación.

En el Frente de Liberación Popular (FLP), organización a la que perteneció también en algún momento Alfonso Carlos, se planteaba el tema entre la posición primera, la licitud de la violencia en general y la tercera, oportunidad de la violencia en nuestro momento y lugar. Naturalmente, cuando se considera el problema de la licitud de la violencia como arma política, la cuestión moral queda suscitada de distinto modo según la amplitud con que se considere el

recurso a la violencia. El juicio depende del grado de aceptación. Pues bien, estaba claro que nosotros, los del FLP, teníamos una gran proclividad a exaltar la lucha violenta para la consecución del triunfo revolucionario en el mundo. La negación absoluta de esa vía violenta había estado presente años antes como conflicto moral en algunos de nosotros, los que entramos en el FLP desde el cristianismo, y que por ejemplo desde el movimiento Pax Christi, - también al que perteneció Alfonso Carlos, en una ruta de Pax Christi él era el director de una de las rutas mientras que yo era el director de otra, éramos los únicos españoles que íbamos en esas rutas dirigiendo las mismas- al principio nos sentíamos atraídos por un pacifismo radical. Nunca llegamos a adherirnos a este radicalismo, aunque es cierto que tentados por una ética de los principios, la aceptación de la violencia nos parecía una claudicación. La artificiosidad majestuosa de Lanza del Busto no logró nuestra adhesión aunque sí nuestra simpatía. Allí me encontré con otro no violento, con escrúpulos, José Luis Álvarez Emparanza, que sería Txillardegui. Cuando poco después allá por 1958 se convirtió en uno de los fundadores de ETA y mentor de la organización durante muchos años, afirmaba el principio de la no violencia y asumía el conflicto moral de cómo se superan las injusticias sin recurrir a ella y es que para pasar de la no violencia a la violencia no hay como desarrollar razonamiento pacifista encuadrándolo con el rigor de la ética de los principios, pronto enfrentado a las duras realidades que encuentra, corrigiendo su misión en el mundo, pasando de la paz a la guerra, convirtiéndose en la mano justiciera de Dios. La crítica a nuestra posición con respecto al empleo de la violencia en la política no cabe hacerla desde el plano de los principios, la crítica debe ir más bien por la generalidad de los casos en que este recurso se justificaba, demasiado fácil la apelación a esta vía y demasiado laxa nuestra conciencia para no plantearnos problemas morales con respecto a los violentos. No era desde luego fácil llegar a otra solución en un Partido Socialista Revolucionario como quería ser el nuestro, tan cercanas experiencias de las dictaduras fascistas, tan cercana que una de ellas que la seguíamos padeciendo, y la lucha de descolonización que entonces se planteaba parecía que no concedía otra alternativa y, sin embargo, lo que ha surgido de las luchas en el tiempo en que reflexionábamos acerca de la necesidad de la violencia han sido nuevos fracasos en el camino de construir sociedades democráticas. Seguramente nos faltaba sensibilidad política para percibir la vía abierta por las opciones democráticas despreciadas por nosotros como producto del capitalismo a derrotar, también sensibilidad moral para vivir la violencia por lo menos como un conflicto entre lo que se quiere conseguir y el daño que se causa al utilizar este medio.

Yo quería empezar con algo que aunque menciona ya a Txillardegui, el fundador de ETA desde el principio, sin embargo supone una reflexión en donde la autocrítica no puede dejar de existir también para nosotros que no nos pronunciábamos de una manera suficientemente clara para no optar por la vía violenta, para pensar que la lucha política era una lucha en donde lo que había que buscar era la democracia y no la apelación a la fuerza, al crimen, que es el camino que no seguimos felizmente nosotros, pero que sí siguió nuestro compañero de política, primero, el fundador de ETA, y los que después de él han seguido viviendo en nuestra sociedad.

El enfrentamiento que hemos mantenido en Euskadi con ETA, incluso la frontera entre las dos organizaciones, llegó a ser permeable en algún momento. En la V Asamblea de ETA se planteó, como uno de los temas de polémica, la autocrítica por su nacionalismo pequeño-burgués y por su escasa conciencia de la necesidad de un planteamiento revolucionario socialista. Estas críticas se hacían eco de los planteamientos que por esas épocas hacíamos desde ESBA, la rama vasca del Frente de Liberación Popular. En el año 1966 se celebró la primera parte de la V Asamblea de ETA y también en ese año expusimos nosotros las tesis sobre el nacionalismo burgués y el nacionalismo popular. Desde luego la autocrítica dentro de

ETA no fue admitida y sus principales sostenedores, Patxi Iturrioz y Eugenio del Río fueron expulsados de la organización, pero el reproche que se les dirigió, particularmente por Txillardegui, fue que actuaban como miembros del Frente de Liberación Popular. A este reproche se añadía el de que ESBA se había infiltrado en la organización, lo que era falso. Se exige o afirmaba, por el contrario, la línea dura, que denunciaba el carácter objetivamente reaccionario de los obreros no nacionalistas así como la decisión de emprender acciones violentas, algo que no había existido hasta entonces. La discusión política se hizo imposible al poco tiempo, a partir de la primera muerte causada por ETA, la del Guardia Civil de Tráfico Pardines, el 7 de junio de 1968. Con esta muerte y con la del homicida Javier Etxebarrieta, muerto horas después por la Guardia Civil en las afueras de Tolosa, entraba ETA decididamente por el camino de la violencia y de la sangre, con un mártir como movilizador emocional. A esta muerte siguió, en el verano del mismo año, la del Comisario Melitón Manzanos, un policía torturador que precisamente inició mi interrogatorio cuando fui detenido en 1962. Emprendida la vía de los asesinatos y atentados poca posibilidad había de mantener un debate político. Añadamos a eso que para entonces los pasos del Frente, de los que debatíamos con ellos, estaban contados pues para el negro año siguiente desaparecía la organización.

Ésta es la época primera de ETA, la época en que surge, desde su nacimiento, como digo, desde 1958 aproximadamente. Era un año después de nosotros, nos habíamos lanzado a la política también y en ese desarrollo, vuelvo a insistir, había una ambigüedad. Nosotros tuvimos que optar pronto por negarnos a defender la violencia incluso en la lucha contra la dictadura, pero al mismo tiempo nuestro sentimiento con respecto a los que como ETA emprendían la vía de la violencia seguía teniendo una cierta ambigüedad. Por de pronto, había que defenderles cuando en los consejos de guerra pedían para ellos la pena de muerte. Era una situación ambigua en la que ya, enseguida, nos separamos de ellos. Ellos optaron por la vía del crimen, lo cual es una opción peligrosísima porque supone el desprecio a cualquier vía posible, incluso en la lucha contra la democracia, como era la nuestra en aquel momento. A las muertes del Guardia Civil de Tráfico Pardines y del Comisario Manzanos se unirían otros crímenes, asesinatos, secuestros, extorsiones, atentados. Todo esto nos planteaba, a los que públicamente participábamos en la lucha contra la dictadura, conflictos importantes. Esa línea de ETA era resultado de la victoria en el seno de la organización de la dirección nacionalista radical a costa de la socialista.

En la VI Asamblea, en 1970, tendrá lugar un nuevo enfrentamiento en el que las tesis socialistas que estaban haciendo ya una crítica al nacionalismo y a la ideología de lucha anticolonial, así como los que intentaban constituir un partido de la clase trabajadora, fueron de nuevo derrotados por la agrupación de los sectores nacionalistas. La misma VI Asamblea quedó denunciada y la ETA triunfante, la activista, la que apostaba por la violencia se denominó a sí misma ETA V, ETA V Asamblea. Todavía se producirá una nueva escisión en 1975 entre ETA Militar y ETA Político-militar que versaría ya sobre el papel de la clase trabajadora, pero tanto una fracción como la otra pondrían acento especial en la lucha armada.

Así se ha gestado una gran desgracia para nuestro pueblo, el español, pero aún más intensa para el vasco. Una desgracia en la que todavía estamos sumidos. Las causas internas las sabemos, la radicalización del nacionalismo y la fuerza opresora de la dictadura cargada a su vez de nacionalismo centralista. Pero el panorama lo pusimos todos. Los modelos políticos, ni en España ni en la guerra fría, se nos ofrecían mínimamente atractivos. O precisando más, la izquierda tenía unos enemigos principales que eran el imperialismo internacional, el neocolonialismo y el fascismo. Contra estos enemigos la violencia no podía ser condenada, se

nos hacía difícil la condena expresa. No podía ser condenada por de pronto en las luchas de liberación anticoloniales, pero tampoco como método revolucionario de liberación popular, más aún, a la condena del fascismo seguía la condena del capitalismo burgués pero no la del régimen totalitario comunista.

El año 1968 fue el del Mayo francés, que permitió la explosión de libertades sociales y de críticas a las burocracias políticas y sindicales, pero los modelos políticos siguieron siendo los revolucionarios, con el reforzamiento de *trotskismos* y *demagoguismos*. Aunque no optáramos por la vía de la violencia, no nos sentíamos moralmente autorizados para condenarla cuando ETA, desde su nacionalismo radical, la practicaba. Sostuvimos demasiado poco nuestra crítica en principios democráticos y nos aferramos demasiado a los juicios de oportunidad, incluso a los que habíamos iniciado ya la defensa de las vías democráticas, tras la renovación del pensamiento socialista en Italia, en Francia o en Inglaterra, la mezcla explosiva de la unidad de la lucha contra la dictadura franquista y el mantenimiento de posiciones revolucionarias nos debilitó en el momento de argumentar contra la violencia. Incluso en aquel momento, la crítica al estalinismo, que desde el principio había sido expresa entre nosotros, no nos comprometió en el camino de la paz. Además, aunque criticáramos la violencia, la dictadura nos comprometía con los violentos, como antes he dicho, en los momentos en que estos se convertían en víctimas de la represión. Podíamos no aprobar el asesinato del Guardia Civil Pardines en 1968, sin embargo teníamos que movilizarnos contra de la sentencia por la que se condenaba a muerte a Sarasqueta, uno de los autores del crimen, el compañero de Etxebarrieta muerto en enfrentamiento con la policía. Del mismo modo había que participar en el gran movimiento popular de oposición al proceso de Burgos, el consejo de guerra que tuvo lugar en 1970 contra 16 dirigentes de ETA, a seis de los cuales se les impuso un total de nueve penas de muerte. Teo Uriarte, Jokin Gorostidi, sabéis que fueron condenados a dos penas de muerte cada uno. Xabier Larena, Unai Dorronsoro, Mario Onaindia, a una. Una buena parte, sino la totalidad de estos procesados en el proceso de Burgos, ahora desde luego ha emprendido un camino totalmente distinto. Mario Onaindia ha terminado su camino porque murió hace cosa de un año, y desde luego el enfrentamiento contra ETA había sido ya claro en todos ellos, aunque sin embargo habían participado antes en la organización.

En ese consejo de guerra yo estaba dispuesto a participar como defensor, aunque fui excluido con discreción, más que por la organización seguramente por los propios abogados que dirigían la estrategia de la defensa. Por parte de ETA se admitía, se buscaba más bien, que entre los defensores hubiera significativos miembros del Partido Comunista o del PSOE como Solé Barberá o Gregorio Peces Barba, pero siempre que éstos que no fueran vascos.

La ambigüedad ante la violencia de ETA no sólo afectaba a nuestros criterios políticos sino también a nuestros sentimientos. Algunos asesinatos nos ponían a prueba, el del policía Melitón Manzanos, antes he dicho en 1968, y el del presidente del gobierno, Almirante Carrero Blanco, en 1973, muestran en todo caso una evolución en la reacción. La muerte de Manzanos la vivimos, más que la viví, porque se trata de participar en una reacción colectiva, como una venganza justificada, esto es una venganza hecha justicia por la imposibilidad de castigar legalmente la actuación criminal del policía. Recuerdo que celebré su muerte y hoy, desde luego, me avergüenzo de ello. Esta celebración fue una reacción que revelaba la claudicación de mi juicio ante mi sentimiento y el peso de esa derrota moral lo seguía teniendo en medio de la misma celebración. Al mismo tiempo ese ánimo era expresión del abandono de mi guía política a favor del proyecto de los violentos. Para el día 20 de diciembre del 73 en que ETA, en un espectacular atentado, mató al Almirante Carrero Blanco ya estaba yo más advertido de lo que suponía la vía de la violencia y aunque no experimentaba pena alguna tampoco tuve

deseos de participar en ninguna celebración. La muerte fue espectacular, lo que contribuyó a dar al atentado una apariencia heroica. El coche en el que Carrero se acercaba a la Iglesia de los Jesuitas en la calle Serrano en Madrid saltó por los aires por encima de los cuatro pisos de la residencia y cayó en un patio interior. Desde la habitación en que se encontraba, un jesuita oyó el ruido de la explosión y luego el de la caída del coche. “Yo pensé”, dijo, “en primer lugar que era un avión lo que había caído. Luego, al comprobar que era un coche, pensé que era un coche que había caído de un avión. Sólo después me enteré de que había ocurrido lo más inverosímil del todo”.

El atentado contra Carrero me hizo pronunciarme ya con una condena explícita de la violencia de ETA, expresada además con los argumentos que entonces, como ahora, considero los válidos. La lucha contra la dictadura no podía sostenerse por una vía que suponía la sustitución de la democracia por un grupo que la negaba. No obstante los juicios de principio se defendían con mucha dificultad frente a los juicios de oportunidad. ¿El asesinato de Carrero había sido eficaz o no en la lucha contra el franquismo? Si había sido eficaz, ¿había que defender el atentado? Era difícil sostener que el atentado no era útil para acelerar el fin del franquismo, puesto que desaparecía la persona en la que Franco había pensado para perpetuar la dictadura. Los argumentos en contra podían ser aseverativos, afirmando que la dinámica de cambio iba a ser igualmente capaz de vencer a las fuerzas de perpetuación de la dictadura fuera quien fuera el que sucediera a Franco. Podían los argumentos en contra sostenerse en la afirmación de la utilidad de la muerte de Carrero amparándose no en aseveración alguna sino en lo imprevisible del futuro. ¿No había dicho Franco al referirse a la sustitución de Carrero por Arias Navarro en la presidencia del Gobierno que no hay mal que por bien no venga? Pero cuando se utilizaba, como yo utilizaba, el verdadero argumento contra el asesinato, que era el de que el modelo de la democracia quedaba negado si se defendían medios radicalmente opuestos a los democráticos, el utilitarismo volvía a hacerse presente en las discusiones. Sin embargo no se llegaba a distinguir en aquel momento entre la ética estrictamente utilitarista, que juzgaba sólo desde la corta distancia de la generación del fin del franquismo, y la ética política, que no permite renunciar a los principios sino componer éstos con la previsión de las consecuencias de nuestras opciones, aunque calcular las consecuencias desde una general perspectiva de futuro. Por haber confundido utilitarismo de corto alcance con consecuencialismo se dio a ETA una cobertura moral que todavía hoy estamos padeciendo.

El 13 de septiembre de 1974 -donde va a terminar esta primera parte va a ser en la muerte de Franco en el 75- las cosas se empezaban a aclarar más. Explotó una bomba en la cafetería Rolando, en la calle del Correo de Madrid, junto a la Dirección General de Seguridad. Aunque ETA pretendía atentar contra policías y funcionarios, el ataque resultó indiscriminado, murieron 12 personas y hubo 80 heridos. Tanto por los resultados como por la manipulación en la cobertura del acto terrorista la acción resultó de una criminalidad repugnante. Tras la muerte de Manzanos y la de Carrero ahora ya la violencia de ETA se nos presentaba sin posibilidad de ninguna comprensión, ni moral ni política. Sólo quedaba nuestro compromiso con los condenados a muerte y nuestra solidaridad con los enemigos del franquismo en la batalla final por la amnistía.

Así acaba la primera parte de ETA. O sea, en donde proyecta sobre nosotros la ambigüedad, en donde teníamos que haber reaccionado antes y más duramente para negar la vía de la violencia y no lo hicimos de una manera suficientemente clara, aunque no entráramos, aunque estuviéramos también frente a ellos. Lo cierto es que iba con un marchamo de heroicidad que nos llevó a consecuencias muy lamentables. Pero evidentemente lo que vino después es ya otra cosa, lo que vino después es que una vez acabada la dictadura la violencia dejaba de

tener ningún sentido y sin embargo se iba haciendo cada vez más indiscriminada y crecían los enemigos. El planteamiento de ETA se iba haciendo más paranoico y sus enemigos no eran ya el franquismo que había dejado de existir, sus enemigos eran en última instancia todos los que no eran de ETA. Luego, por razones utilitarias, ETA se ha negado naturalmente a extender los atentados, casi siempre, no siempre, contra los sectores nacionalistas de la sociedad pero en cambio, además de los policías, han entrado dentro de su campo de tiro los que habían sido compañeros suyos en la lucha contra el franquismo, contra la dictadura, pero que no habían comulgado con las opciones violentas. Esto ha pasado, es algo que nosotros estamos viviendo después con esa sorpresa de que el fanatismo de ETA consistía en declararse ellos los únicos que definían dónde estaba la justicia de su acción y dónde estaba la injusticia de la acción de los demás. Esto ha dado lugar no a unos crímenes que, como digo, empezaron en el sesenta y tantos y tuvieron un resultado particularmente siniestro en la cafetería Rolando sino una cadena de crímenes y de extorsiones que ha pasado del orden de 2000 muertos por la acción de ETA y, además se ha convertido de una manera clara para nosotros, en el País Vasco, en algo que nos pedía, que nos exigía, que reaccionáramos. Lo que durante la preautonomía fue para mí una batalla personal, porque fui nombrado Director de Derechos Humanos sin ningún poder político todavía, no había ni Estatuto ni nada, pero la movilización con ese limitado resultado de políticos e intelectuales a favor de la paz llegó a alcanzar más tarde un logro importante, se consiguió un compromiso conjunto en el País Vasco en el que participaron demócratas, nacionalistas y no nacionalistas, en una declaración inequívoca contra la violencia de ETA. Fue la que se llamó la Carta de los 33, que se publicó el 27 de mayo de 1980. Para mi gran satisfacción fue en gran parte resultado de la colaboración con algunos nacionalistas. Elaboramos así un escrito que fue calificado en algunos medios como *El País*, por ejemplo, como un manifiesto que contiene una crítica más radical realizada a los terrositas. Lo más importante es que consiguiéramos junto a la firma de políticos de íntegro comportamiento democrático, lo que incluye en un político un profundo sentido del deber de compromiso, la de otros que por no ser políticos de oficio no se sentían tan apremiados por esas exigencias pero que se vieron comprometidos por la necesidad de responder a la agresión de la violencia contra nuestro pueblo. Así firmamos los 33. Entre los políticos comprometidos se encontraban el perpetuo combatiente Agustín Ibarrola, el pintor a quien conocí en la cárcel en 1962, y junto a él, y junto a mí, otros cuya adhesión buscábamos desde su fidelidad nacionalista o no nacionalista, pero en todo caso y antes, democrática, como era el caso de Koldo Michelena, el mejor lingüista que ha habido de la lengua vasca, durante la guerra condenado a muerte por "gudari", o de Joseba Elósegui, capitán de "gudaris", o Gabriel Celaya, que comenzaba a jubilarse poco a poco de viejos e intensos compromisos comunistas. Pero además firmaron otros que se sintieron comprometidos con sus ciudadanos y con su sociedad y que habían vivido la política desde la distancia, Eduardo Chillida, Julio Caro Baroja, José Miguel Barandiaran, conocido etnólogo, el importante psicólogo Julián Ajuriaguerra, residente en Suiza y hermano del líder nacionalista, el cantante y notable poeta vasco Javier Lete, el secretario de Euskaltzaindia, la Academia de lengua vasca, Juan San Martín, el escultor Néstor Basterrechea, y mencionaré también a mi suegro el notario Miguel Castells.

El contenido del escrito tiene poca importancia, aunque muchos lo alabaron por su contundencia. Lo que es importante en cambio es que se escribiera y se publicara ya en aquel momento. Eso va en contra también de lo que se dice que en el País Vasco nadie ha hablado nunca. Se ha hablado poco pero ha habido esos pronunciamientos. Y además, nadie me quita mi cierta capacidad de expresar mi rencor porque mereció una ruin réplica del dramaturgo Alfonso Sastre. "Señores 33", nos decía Sastre en el periódico, "cuando escriban una carta contra la tortura, contra las detenciones arbitrarias y otros mil males que sufre el pueblo vasco, yo aprobaré de muy buen grado que ustedes rechacen las acciones de ETA; mientras tanto,

no. Mientras tanto no pasan ustedes de ser unos tristes farsantes en la comparsa del ministro Rosón”, y añadía Alfonso Sastre, “el hecho de vivir en este país me procura unos datos quizás inasequibles para quien no vive en él o para quienes viviendo en él están intoxicados de politiquería y en definitiva asilados del medio en el que creen vivir, la población vasca, los vascos como pueblo, pues hay quienes teniendo catorce apellidos vascos” –yo tengo siete que sepa- “todavía no han caído en la cuenta ni siquiera de que son vascos mientras que otros, como yo que yo un semita salmantino-murciano he tenido bastante con tres años de vivir aquí para caer en la cuenta de algunas cosas”. Sastre, antes de venir al País Vasco, no sé si estaba intoxicado de politiquería, sé que estaba intoxicado de connivencia con la peor violencia que nos iba a quedar después del franquismo, la de ETA, que causaron los muertos de la calle del Correo en Madrid. Mantengo pues lo que le dije en mi indignada respuesta: penas de muerte, muchos años de cárcel, décadas de exilio, torturas, detenciones, persecución y represión de todo tipo y sobre todo una insobornable y constante denuncia de la violencia antidemocrática y del autoritarismo que ha procedido del Estado fascista y que hoy todavía no se ha superado son las credenciales que estos 33 pueden presentar para quienes la lucha por la libertad no queda limitada a los tres años de la década Sastre. Y hoy sigo conservando hacia Sastre todo mi desprecio.

¿Dónde estamos ahora? Estamos en una situación en donde nuestro pueblo ha quedado dividido, ha quedado roto por el hecho de la violencia, en donde no hemos sabido, hemos tenido dificultades para enfrentarnos a la violencia de ETA y no hemos tenido tampoco el valor o la posibilidad de conseguir que en nuestro pueblo se superen las dos comunidades, y la memoria frágil. Nuestro pueblo vasco es uno de los que tienen más sentido identitario, eso es fácil de descubrir en todos nosotros, y sin embargo menos cohesión. Yo creo que de toda España la comunidad más dividida es la vasca. Precisamente porque el hecho del nacionalismo y el hecho de la violencia nos han metido en un callejón de difícil salida y, solamente en la medida en que pensemos que podemos pertenecer tranquilamente a varias comunidades distintas y al mismo tiempo, es lo que nos va a dar cohesión a nuestro pueblo y nos va a dar la posibilidad de salir delante de nuestro estado de división. Se puede hablar de otros pueblos también, pero yo no sé si entre los catalanes pasa lo que pasa entre los vascos, que nos sentimos muy identificados, los guipuzcoanos con ser guipuzcoanos y menos con los vizcaínos, que nos sentimos miembros de la comunidad de San Sebastián. Mi amigo Ernest Lluch intentaba descubrirnos la comunidad hasta en el deporte, el deporte era el primer objeto que se le ocurría siempre a Ernest Lluch, hablar de fútbol y de deporte, y decía “sí, éste tiene algo especial. Los vascos, por ejemplo en fútbol, siempre han tenido magníficos porteros”. Yo he dejado de ir al fútbol desde que tenía 12 años, alguna vez he visto en la tele algo, mea culpa. Y yo entonces decía “no, no, tampoco eso, son guipuzcoanos”, “es que Iribar es guipuzcoano, es que Zubizarreta es guipuzcoano, etc.”, “olvídate, aquí no hay una condición nacional vasca ni en los porteros de fútbol, que son los guipuzcoanos”. En fin, lo que somos es una sociedad extraordinariamente dividida, dividida por la violencia, y solamente en la medida en que construyamos o que seamos capaces de construir un mundo de convivencia podemos salir adelante de los males en los que hemos estado introducidos.

Quiero terminar ahora con otra cosa. La estructura de lo que he expuesto creo que ha quedado clara. Es decir, a ETA le hemos tolerado demasiado y en cierto modo tenía una cierta capacidad de hacerse comprender cuando estábamos bajo la dictadura, mal también, pero ha tenido esa capacidad de hacerse comprender. Después no, después es ya el enemigo que nos ha causado las muertes. Y así me gustaría ir terminando con unas reflexiones que, a mi edad, cada vez se puebla más de muertes mi memoria, que hijos y nietos se encargan de repoblar con su presencia viva, pero no es a ninguno de estos muertos a los que quiero evocar ahora,

es a los que a diferencia de mi supervivencia no han salido del infierno de ETA, aquellos que en el tiempo que me acompañaron, un poco antes o un poco después, en el descenso a ese infierno, me acompañaron pero no han sobrevivido, los muertos que ETA ha causado mientras la democracia se afirmaba, sí éstos. Pero de todos ellos puedo ahora evocar a unos pocos, en representación de todos. Evoco así al guardia civil y a su novia muertos en el coche que ocupaban en el tiempo de la preautonomía, cuando yo era Director de Derechos Humanos del Gobierno vasco, gobierno provisional, el guardia civil cayó encima del volante y su frente sobre la bocina que siguió sonando como llamada de auxilio desatendida hasta que se acabó la batería y a mí me tocó asistir a los funerales. Evoco también a las dos hermanitas gemelas muertas en el atentado de la casa cuartel de Zaragoza, muertas junto a otras pero que a mí me representaban el dolor de los niños mártires y por los niños mártires. Todos ellos, incluso las dos gemelas, son representación de las muertes que para nuestra desgracia de vascas ha sido causada por el fanatismo que ha surgido en nuestro pueblo. Puedo mencionar a Manuel Broseta también, fuera de nuestro pueblo, puedo mencionar a Gregorio Ordóñez y a otros, mis compañeros que también quedaron en el camino. Quedó en el camino Enrique Casas, de cuya muerte el 23 de febrero de 1984 me enteré en Barcelona y se lo comuniqué consternado a Manolo Sacristán, que no pareció entender mi congoja ni la importancia del hecho. Constructor de la democracia en Euskadi, en España, fue asesinado Enrique Casas por haber sido constructor de la democracia en Euskadi y en España. Quedó en el camino Francisco Tomás y Valiente por haber sido presidente del Tribunal Constitucional y pieza fundamental en la consolidación del Estado de las Autonomías. Mi relación con él era antigua, pues en su libro *La tortura en España* era yo el protagonista pasivo de su último capítulo. Después hemos coincidido en la defensa del Estado democrático y en el sentido de Estado. Quedó en el camino Fernando Múgica y su asesinato es una inmensa tragedia que he tratado de racionalizar diciendo que la he vivido como algo que afecta a lo que yo todavía aspiro a que sean los partidos, un grupo de compañeros. Ante su muerte he descubierto que antes que el militante con el que más discutía era el amigo contra Franco en mis prisiones y en las de su hermano y el padre de los hijos que he visto crecer, un hombre con amor a la vida, sin miedo a la muerte. Quedó en el camino Fernando Buesa, Fernando junto a Jorge, su escolta, era el primero un servidor de la política socialista del partido más antiguo de Euskadi, constructor de la democracia y compañero. El segundo era un servidor del Estado. Que me perdonen los familiares de Jorge Díaz, el ertziana asesinado por ETA, si concentro mi recuerdo mi personal dolor y mi rabia en el asesinato de Fernando Buesa, que ya a lo largo de su vida había emprendido el ejercicio de su función pública y que nos dejó como herencia su trabajo valiente y honrado. Fue mi amigo y mi compañero, pero era también acaso el depositario principal entre las filas socialistas de una conciencia clara de que la convivencia entre los vascos es una necesidad y al mismo tiempo algo no alcanzado.

Hay frases canónicas que se deben pronunciar en estos momentos pero que nos pueden inducir a error, la más elemental, "de los asesinatos sólo es culpable el que asesina y quien asesina es ETA". Esto es cierto y sin embargo algo demasiado importante está sucediendo como para que no pensemos que existen otras responsabilidades con los que practican la convivencia con un proyecto del futuro de las reglas democráticas de constitución de la sociedad civil. Y en letanía breve, por las mismas cualidades y virtudes quedó en el camino Juan María Jáuregui, quedó en el camino José Luis López de la Calle, quedó en el camino Ernest Lluch, y tantos otros. La muerte es desde luego la detención final, el destino al que no podemos escapar, pero el haber elegido morir aunque sea, aunque nos maten, por defender su propia coherencia ética esto es su derecho a vivir como han elegido, con libertad hasta el final, han integrado el morir como el acto final de su propia trayectoria y han impedido que la muerte que les han causado sea su derrota. No puedo cortar desgraciadamente con mi resurrección,

Ernest Lluch murió cuando yo había sobrevivido, y lo mismo sucedió con otras víctimas. En representación de todas ellas menciono la de Joseba Pagazaurtundua, muerto en Andoain y por cuya muerte no les cabe otra alternativa a los nacionalistas que les ampararon que la de sentirse directamente culpabilizados o la de sentirse políticos de corazón de hielo, según la terrible calificación que les dirigió su hermana Maite Pagazaurtundua. Mi homenaje, en fin, a los que nos han dejado y a los que, jóvenes, recogen la bandera de la dignidad, de la democracia y de la lucha. A todos ellos, y representando a todos ellos, una frase que son las palabras que en su día le dediqué a José Luis López de la Calle, han derrotado a la ignominia, con una frase de cuya verdad puedo testificar: “a nosotros ya no nos para nadie”, decía José Luis López de la Calle. Este plural optimista no es sólo un juicio de hecho es también un juicio de valor. El juicio quiere decir en efecto varias cosas. A mí nadie me hará callar, y también, lo que digo para mí vale para otros, con los que me siento solidario, esto es, lo que afirmo para mí quiero y creo que servirá también para otros, para aquellos a los que me refiero cuando les incluyo en el término nosotros. Provoca la frase también ahora un sarcasmo abyecto que podrán celebrar los asesinos: “vaya si te hemos parado”, un sarcasmo que podrán comprender acaso los que lamentando la muerte entienden su carácter inevitable, pero con su frase estaban separando el morir y el matar. La primera separación entre el morir y el matar afecta a la propia dignidad de la persona y a la aceptación libre de su vida hasta el final de la misma, escamotea la muerte del campo de decisión de los asesinos y la convierte en el mismo momento del acto criminal perpetrado contra la víctima en la última asunción de la libertad. No he elegido que me maten pero he elegido que, aunque me maten, el morir se convierta en la asunción de mi modelo de vivir hasta la muerte. No son éstas sutilezas abstractas, es algo cotidiano en un país amenazado por el terrorismo. Al temor y al dolor se les vence con esa especie de moral estoica o de decencia, si queremos emplear términos menos altisonantes, por la que la posible víctima se niega a que le paren mientras vive, ya que cuando deciden matarla, le arrebatan su propio morir como acto final de su vida. Muchas gracias.